

## LOS ANCIANOS

**U**NA carta, tío Azán?  
—Sí, señor; una carta que viene de París.

Y estaba muy orgulloso el buen tío Azán diciéndome que aquella misiva venía de París... Pero yo no, pues cierto vago presentimiento me advertía de que tal mensajera de la calle Jean-Jacques, llegada á mi casa tan de mañana y tan de improviso, iba á hacerme perder todo el día; y si no, vedlo:

«Es menester, amigo mío, que me hagas un favor. Cierra tu molino por un día y vete á Eyguières. Eyguières es una ciudad bastante grande, á tres ó cuatro leguas de tu casa; un paseo. Al llegar allí, preguntará por el convento de las huérfanas. La primera casa antes de aquel asilo es baja, con las maderas de las ventanas pintadas de gris y con un jardín detrás. Entrarás sin llamar; la puerta está siempre abierta, y al entrar gritarás muy fuerte:

—»Buenos días; soy el amigo de Mauricio. Entonces verás á dos viejecitos, ¡oh! pero viejos, muy viejos, archiviejos, que te abrirán los brazos desde sus grandes sillones y tú los besarás de mi parte como si fueran

abuelos tuyos. Después hablaréis; te preguntarán por mí, te hablarán de mí, nada más que de mí, y te contarán mil locuras, que escucharás sin reírte. De veras; no te rías, ¿eh? Son mis abuelos, dos seres de quienes soy toda la alegría y que no me han visto hace diez años. ¡Diez años! ¡Qué largos son ciento veinte meses! Pero ¡qué quieres! á mí me detiene París, y Eyguières á ellos por su mucha edad. Son tan viejos, que si vinieran á verme se desbaratarían en el camino. Felizmente tú estás cerca de ellos, mi querido molinero, y abrazándote crearán abrazarme á mí, pues muchas veces les he hablado de la amistad que nos une.»

—¡El demonio se lleve la amistad! Justamente aquel día hacía un tiempo soberbio, pero muy malo, para correr aquellos caminos; hacía demasiado sol, y excesivo calor; un verdadero día de la Provenza. Cuando esa malhadada carta llegó, ya había escogido yo mi *cagnard* (abrigo entre dos rocas) y pensaba quedarme allí todo el día como un lagarto, escuchando el susurro de los pinos. En fin, ¿qué hacer? Cerré el molino, puse la llave en la gatera, y con un garrote en la mano y la

pipa en la boca, me puse en marcha.

Llegué á Eyguières á eso de las dos de la tarde. El pueblo se hallaba desierto, en atención á que casi todos los habitantes estaban en el campo; y en los olmos de la carretera, blancos de polvo, las cigarras cantaban á porfía. En la plaza del Ayuntamiento había un burro tomando el sol y una bandada de palomas bebiendo en la fuente de la iglesia; mas ni una persona para indicarme el Asilo de huérfanas. Felizmente, divisé en el rincón de una puerta una anciana que hilaba, acurrucada sobre sus talones; le dije lo que buscaba, y como una hada poderosa, no tuvo más que alzar su rueca y en seguida el Asilo se levantó como por arte mágico delante de mí.

Era una gran casa triste y negruzca, muy orgullosa por enseñar encima de su portal, formando ojiva, una viejísima cruz de piedra encarnada, con un letrero en latín alrededor. Al lado del Asilo vi una casita baja con las maderas de las ventanas pintadas de gris, y por detrás el jardín. Entré en ella sin llamar.

Conservaré toda mi vida el recuerdo de aquel largo corredor, fresco y silencioso, con las paredes de color rosa, del jardinillo que se veía allá en el fondo, á través de una clara cortina, y de las flores pintadas que adornaban las puertas y los techos. Me pareció entrar en casa de algún anciano bailio del tiempo de Sedaine. Al final del corredor, y á la izquierda, se oía el tic-tac de un reloj y una voz de niño que leía deteniéndose á cada sílaba: EN... TON... CES... SAN... I... RE... NEO... EX... CLA... MÓ...; YO... SOY... EL... TRI... GO... DEL... SE... ÑOR...; ES... PRE... CI... SO... QUE... SEA... MO... LI... DO... POR... LOS... DIEN... TES... DE... ES... TOS... A... NI... MA... LES.» Me acerqué silenciosamente á aquella puerta y miré.

En la calma y la media luz de una pequeña habitación, un buen anciano, con las mejillas sonrosadas y arrugado hasta las puntas de los dedos, dormía en un sillón con la boca abierta y las manos apoyadas en las rodillas. Sentada á sus pies, una niña vestida de azul,

con una gran talma y una gorrita blanca, el traje de las huérfanas, leía la vida de San Ireneo en un libro más grande que ella. Esta lectura milagrosa produjo su efecto en toda la casa. El anciano dormía en su sillón, las moscas en el techo, los canarios en su jaula, allá, en la ventana, y el gran reloj continuaba con su monótono tic-tac, tic-tac. Allí todo aparecía dormido á excepción de un haz de intensa claridad, que penetrando por las junturas de las maderas de las ventanas, lucía mil y mil puntos luminosos que parecían estar bailando entre sí un vertiginoso y diminuto vals. En medio de aquella somnolencia general, la niña proseguía su lectura con aire grave. «EN... SE... GUI... DA... DOS... LEO... NES... SE... PRE... CI... PI... TA... RON... SO... BRE... ÉL... Y... LE... DE... VO... RA... RON.» En aquel momento entré. Los leones de San Ireneo, precipitándose sobre aquella habitación, no hubieran producido más estupor que yo. Fué un verdadero golpe teatral. La pequeña grita, el gran libro se cae, los canarios y las moscas despiertan, el reloj da las horas y el anciano se levanta sobresaltado, asustado, y yo mismo, algo turbado, me detengo en el umbral diciendo á gritos: «Felices, buenas gentes; soy el amigo de Mauricio.»

¡Oh! Entonces era de ver á aquel pobre anciano; si le hubiérais visto venir hacia mí con los brazos abiertos, abrazarme, apretarme las manos y correr como extraviado por toda la habitación diciendo: «¡Dios mío! ¡Dios mío!» Toda las arrugas de su cara se reían. Estaba muy colorado y balbuceaba: ¡Ah, señor! ¡Ah, señor! Y luego se fué hacia el otro extremo de la habitación gritando: ¡Mamette!

Una puerta se abre, oyéndose unos ligeros pasos. Era Mamette. Nada tan lindo como aquella viejecita, con su gorra adornada con lazos, su vestido color carmelita y su pañuelo bordado, que tenía en la mano para honrarme, según la moda antigua.

¡Cosa admirable! Los dos ancianos se parecían.

Con una gorra de lazadas amarillas,

él también hubiera podido llamarse Mamette. Sólo que la verdadera había debido llorar mucho en su vida, pues estaba aún más arrugada que él, y, como él, tenía también á su lado una huerfanita, pequeña guardiana de vestido azul que no la dejaba un momento. Nada más enternecedor que aquellas niñas protegiendo á los ancianos.

Al entrar Mamette empezó por hacerme una gran reverencia; pero con una palabra el anciano la detuvo: «¡Es el amigo de Mauricio!» En seguida la viejecita comienza á temblar, llora, pierde su pañuelo, se pone colorada, muy colorada, mucho más que él. Estos ancianos no tienen más que una gota de sangre en las venas, y á la menor emoción se les sube á la cara. «¡Pronto, pronto, una silla!» dice la anciana á su guardiana. «Abre las ventanas,» dice el viejo á la suya; y cogiéndome cada uno por una mano, me llevan hasta la ventana, que han abierto de par en par para verme mejor. Acercan las butacas y me instalo en una silla en medio de los dos. Las niñas se colocan á nuestra espalda, y el interrogatorio empieza: «¿Cómo está? ¿Qué hace? ¿Por qué no viene á vernos? ¿Está contento?» Y patatín y patatán, continuaron hablándome durante horas enteras.

Yo contestaba lo mejor que podía á todas sus preguntas, dando sobre mi amigo cuantos detalles sabía é inventando descaradamente lo que ignoraba, guardándome muy bien de confesar que jamás había notado si las puertas de su aposento cerraban bien, ni qué color presentaban las paredes de su habitación.

—El papel de su cuarto es azul, señora; azul pálido con guirnaldas.

—Es verdad, decía la pobre anciana enternecida, y añadía volviéndose hacia su marido: ¡Qué buen muchacho es!

—¡Oh, sí! muy bueno, replicaba el otro con entusiasmo; y todo el tiempo que yo hablaba se hacían señas de inteligencia, ó el anciano se acercaba á mí para decirme: «Hablad un poco más alto; es algo sorda.» Y ella á su vez: «Más fuerte, os lo ruego; pues no oye

muy bien.» Entonces alzaba más la voz, y ambos me daban las gracias con una sonrisa, y en sus caras marchitas que se inclinaban hacia mí, buscando en mis ojos la imagen de Mauricio, me parecía ver á éste sonreírme también, como á través de una especie de niebla.

De repente el anciano se incorporó en su sillón.

—Pero, ahora que me acuerdo, Mamette; tal vez no haya almorzado.

—¡Que no ha almorzado! ¡Oh, Dios mío!

Yo creía que se trataba aún de Mauricio, é iba á contestar que siempre se ponía á la mesa á las doce en punto; mas no; hablaban de mí, y era preciso ver la que se armó cuando confesé que estaba aún en ayunas.

—¡Pronto, niñas; poned un cubierto, la mesa en medio de la habitación, el mantel de los domingos, los platos floreados! No os riáis tanto y apresuráos.

Y ya lo creo que se dieron prisa, porque en menos de cinco minutos el almuerzo estaba servido.

—Vamos, me dijo Mamette; vais á tomar un buen almuerquito; pero comeréis solo, porque nosotros lo hemos hecho ya esta mañana.

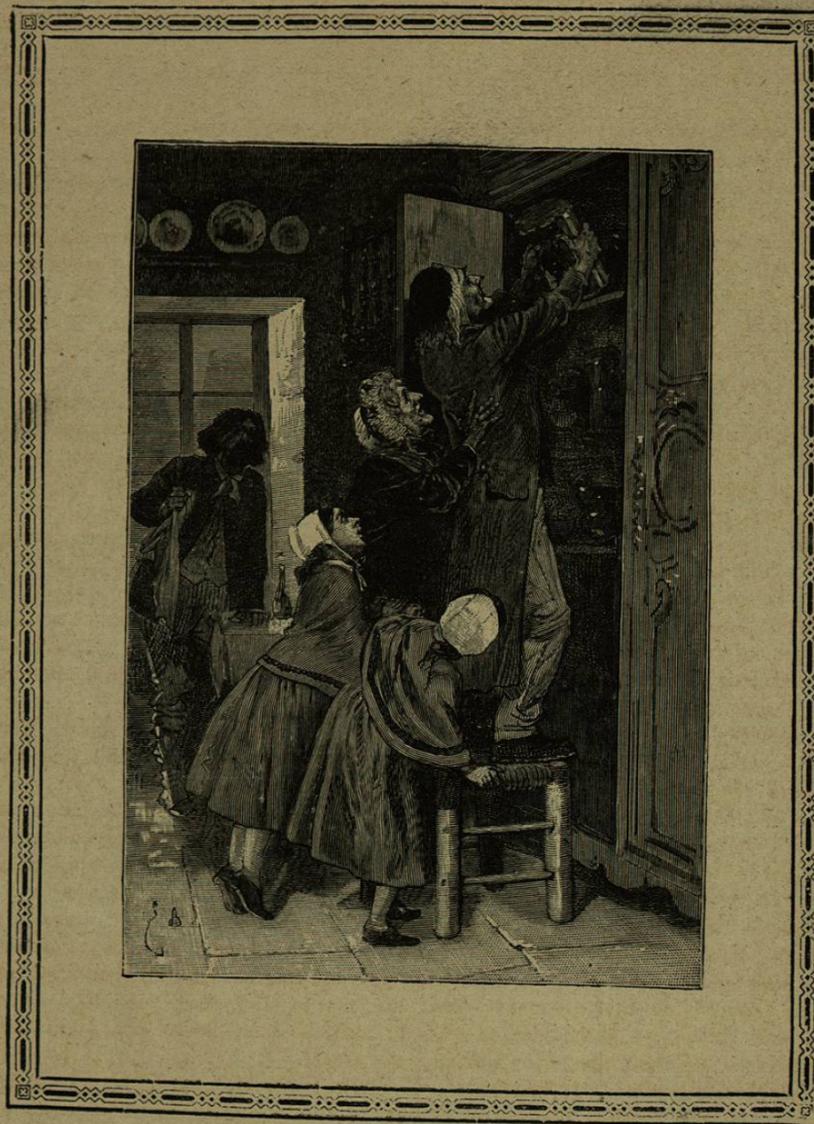
Los pobres viejos, á cualquier hora que se les vea, siempre dicen que han comido por la mañana.

El buen almuerzo de Mamette se componía de una tacita de leche, unos dátiles y un pastelito, con lo que había para alimentarla á ella y á sus canarios durante lo menos ocho días.

Y yo sólo concluí en un santiamén todas aquellas provisiones, con gran escándalo de las niñas, que hablaban por lo bajo dándose con el codo, mirándome comer.

Todo lo comí sin darme siquiera cuenta de ello, ocupado en mirar á mi alrededor aquella habitación clara y apacible, en la que se notaba cierto sabor á antigüedad.

Dos camitas, sobre todo, llamaban poderosamente mi atención. Estas camas, casi dos cunas, me las figuraba por la madrugada, al amanecer, cuando están aún cubiertas por sus grandes cortinas.



El anciano se subió en una silla, con gran susto de la mujer.

Dan las tres, la hora en que todos los ancianos despiertan.

—¿Duermes. Mamette?

—No, amigo mío.

—¿No es verdad que Mauricio es un buen muchacho?

—¡Oh! sí; muy bueno.

Y pensaba todo esto nada más que por haber visto dos camitas colocadas una al lado de la otra.

Durante este tiempo, un drama terrible pasaba en el otro extremo de la habitación, delante del armario.

Se trataba de alcanzar en la última tabla cierto frasco lleno de cerezas en aguardiente, que desde hacía diez años esperaban á Mauricio, y que querían que yo empezara. A pesar de las súplicas de Mamette, el anciano se empeñó en ir él mismo á buscarlo, y subido en una silla, con gran susto de su mujer, procuraba llegar á lo alto del armario. Figuráos el cuadro que presentaba aquella escena: el viejecillo, que tiembla y se estira, las niñas agarradas á la silla y Mamette detrás de él, con los brazos extendidos para sostenerle. Era conmovedor, en verdad.

Por fin, después de muchos esfuerzos, llegaron á sacar el famoso frasco, y con él un antiguo vaso de plata, todo abollado; el de Mauricio cuando era pequeño. Me lo llenaron de cerezas hasta el borde; ¡le gustaban tanto á Mauricio!

Y sirviéndome el anciano, me decía al oído con cierto aire de goloso:

—¡Qué feliz sois al poderlas comer! Mi mujer es quien las ha preparado... Vais á probar una cosa buena.

¡Ay! Su mujer las había preparado, pero se olvidó de ponerlas azúcar. Los viejos se distraen mucho. Son muy malas vuestras cerezas, mi pobre Mamette. Pero eso no obstante, me las comeré todas, por no afligiros.

Concluida mi frugal comida, me levanté para despedirme de mis huéspedes. Bien hubiesen querido que me quedara aún para hablar de mi amigo; pero el día tocaba á su fin, y como el molino estaba lejos, era preciso partir.

El anciano se levantó al mismo tiempo que yo. «Mamette, dijo; dame mi traje: quiero acompañarle hasta la plaza.» De seguro que la buena viejecita encontraba que hacía ya fresco para que su marido saliera; pero no lo dió á conocer. Sólo que mientras le ayudaba á ponerse las mangas de una hermosa chupa color de tabaco con botones de nácar, oí á la buena criatura que le decía: «¿No volverás muy tarde, no?» Y él contestó con aire malicioso: «¡Eh, eh!... no sé... tal vez. Y se miraban riendo; las niñas reían á su vez viéndolos á ellos, y en sus jaulas los canarios se reían también á su manera. Entre nosotros sea dicho, creo que el olor de las cerezas los había alegrado algo á todos.

Anochece cuando salimos el abuelo y yo. La niña nos seguía desde lejos para acompañarle á la vuelta, pero él no la veía, estaba muy orgulloso andando apoyado en mi brazo como un hombre. Mamette, radiante, veía todo esto desde el umbral de la puerta, y mirándonos sacudía la cabeza, como diciendo: «¡Vamos! mi pobre hombre marcha bien todavía.»

